

Desmenuzando unos textos empapados de vida

La festividad de la Santísima Trinidad, celebrada el primer domingo después de Pentecostés, nació en el siglo X en las tierras de la Galia y, con el tiempo, se extendió por toda la Iglesia occidental. Se trata de una solemnidad de profundo significado, pues nos invita a contemplar el misterio divino.

¿Quién es Dios? Esta pregunta ha acompañado a la humanidad desde sus albores.

Mientras la Biblia nos dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,26), la historia nos muestra cómo el ser humano ha intentado hacer lo mismo con Él: moldeándolo a su propia medida, fabricando ídolos con formas humanas que, como nos recuerda el salmista, *“tienen manos y no tocan; tienen ojos y no ven; tienen pies y no andan; no tiene voz su garganta”* (Sal 113b, 4-8).

La filosofía, en su búsqueda de lo divino, llegó a describirlo como el Ser perfectísimo, desprovisto de toda imperfección humana. Sin embargo, cuando el hombre pretende encontrar a Dios por sus propios medios, a menudo cae en el ateísmo, en la idolatría, o bien lo concibe como una entidad suprema pero distante, impersonal, anónima.

La celebración de la Trinidad revierte esta lógica: no es el hombre quien descubre a Dios con su inteligencia, sino que es Dios quien se revela a la humanidad. Conocer a Dios no es el resultado de una conquista intelectual, sino un precioso don divino. Esa es la diferencia fundamental entre los dioses creados por el hombre y el Dios vivo y verdadero.

La Biblia nos lo muestra no como un ser eterno

y todopoderoso —aunque esto es cierto—, sino como misericordioso, que elige un pueblo, sella con él una alianza y acompaña su historia. La historia del ser humano se convierte así en una historia de salvación, cuyo culmen es la Encarnación del Hijo de Dios y su Pascua (Jn 3,16-17).

El Salmo 85 celebra su rostro compasivo: *“Señor, Dios misericordioso y clemente...”*. El Salmo 112 nos recuerda que levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre.

En el Bautismo, la Santísima Trinidad entra en la vida de cada persona y de la comunidad. La liturgia, lo que hace, es introducirnos en ese misterio de amor -invitándonos a celebrarlo- y abriéndonos el corazón a la belleza de divina. La Trinidad nos envuelve con su luz y transforma nuestra existencia, llamándonos a ser colaboradores en la construcción de un mundo nuevo, transfigurado por su gloria.



Es un “**arcano**” sublime que no se comprende con la razón, sino con un corazón que, como los monjes al inclinar la cabeza al recitar el Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, se rinde ante la majestad divina. Porque ante él, no bastan nuestras ideas; ante él, solo cabe el asombro, el agradecimiento, el amor absoluto, la adoración: una rendición ante su presencia, un naufragio en el océano sin orillas de

su grandeza. Santa Ángela de Foligno lo expresa bellamente diciendo: *«Recogerse y sumergirse en el abismo infinito de Dios»*.

Más allá de las palabras, la adoración encuentra su expresión más pura en el silencio. La Escritura nos lo recuerda con fuerza: *«el Señor está en su santo templo: ¡Silencio ante él toda la tierra!»* cf Hab 2,20), *«¡Silencio en la presencia del Señor Dios!»* (Sof 1,7). Cuando los sentidos quedan envueltos en una inmensa quietud, cuando la mente deja de vagar y se serena, no queda más que adorar.

Así le sucedió a Job, el cual, al encontrarse cara a cara con el Todopoderoso, solo pudo exclamar: *«Me siento pequeño, ¿qué replicaré?»* Me taparé la boca con la mano (Job 40,4). En el texto hebreo del Salmo 65,2, la liturgia recoge esta misma idea: *«Para ti es alabanza el silencio»*. San Gregorio Nacianceno lo resume con precisión: adorar es elevar a Dios un «himno de silencio».

La verdadera adoración, más que una acción, es un estado del alma: un abandono total en el misterio divino, un silencio que grita, una entrega que nos sumerge en el abismo insondable de su misericordia y nos lleva a decir con gozo:

 **Oh Trinidad Santa, luz y amor divino,
Padre, Hijo y Espíritu en abrazo eterno,
fuente de gracia, paz y destino,**

misterio sublime, fuego interno:

Te adoro con humildad.

Envuélveme con tu resplandor,

guíame en tu verdad y empápame en tu paz. Amén.





Un salmo para rumiar
Sal 8, 4-5. 6-7a. 7b-9.

Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

**Cuando contemplo el cielo,
obra de tus dedos, la luna y las estrellas
que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él?
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies R.
Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.**

El Salmo 8 es un canto de alabanza que exalta la grandeza de Dios y la dignidad del ser humano dentro de la creación. En la **Solemnidad de la Santísima Trinidad**, este salmo nos invita a contemplar el misterio divino desde la perspectiva de la relación entre Dios y el hombre.

El salmista expresa su asombro ante la obra de Dios:

«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?» (Sal 8,5)

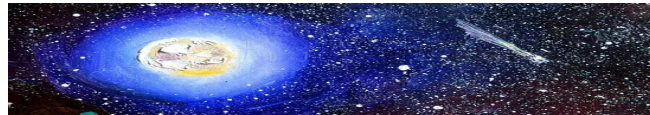
Este versículo refleja la pequeñez del hombre

frente a la inmensidad del universo, pero también su dignidad, pues Dios lo ha coronado de **gloria y honor**. En la teología cristiana, esta exaltación del ser humano encuentra su plenitud en Cristo, el **Nuevo Adán**, quien, por su entrega en la cruz, restaura la imagen divina en la humanidad.

La Trinidad se manifiesta en este salmo como **amor creador, redentor y santificador**:

- El Padre, origen de toda la creación.
- El Hijo, que asume la condición humana y la eleva.
- El Espíritu Santo, que guía y santifica la historia.

En la liturgia, el **Salmo 8** se proclama en la **Solemnidad de la Santísima Trinidad** para resaltar la relación entre Dios y el hombre. La Iglesia lo utiliza como expresión de alabanza y reconocimiento de la obra divina.



Su estructura nos lleva de la contemplación de la grandeza de Dios a la afirmación de la dignidad humana. En la celebración eucarística, este salmo nos recuerda que, aunque pequeños ante la inmensidad del cosmos, hemos sido llamados a participar en la vida divina.

Este salmo nos invita a:

- **Reconocer la grandeza de Dios** en todo lo creado.
- **Vivir con gratitud**, conscientes de que nuestra dignidad proviene de Dios.
- **Asumir nuestra responsabilidad** en el cuidado de la creación, como administradores del mundo.

La **Solemnidad de la Santísima Trinidad** nos recuerda que el amor de Dios es un amor que se dona y que nos invita a vivir en comunión con Él y con nuestros hermanos.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
“C”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Proverbios 8, 22-31

Esto dice la sabiduría de Dios: **El Señor me creó al principio de sus tareas, al comienzo de sus obras antiquísimas. En un tiempo remoto fui formada, antes de que la tierra existiera..**

Juan 16, 12-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: **«Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que recibirá y tomará de lo mío y os lo anunciará».**